

La Mancha de Don Quijote

Conferencia pronunciada en la Biblioteca de España, en París, el 30 de noviembre de 1955, por el colaborador de número del Instituto de Estudios Manchegos y Subdirector de «Lanza», D. Carlos María San Martín.

ENTREGADA mi vida por completo al periodismo, no podría hablar aquí, ni en ninguna parte, más que como periodista, profesión que escogí con irresistible vocación, mezcla de pasión y alegría, de dolor y de gozo, no siempre bien comprendidos. Por ello, confío que lo que mi charla carezca de erudición, lo tenga de impresión directa y subjetiva de la realidad.

El tema no podía ser otro que la Mancha, esa amplia región enclavada en el corazón de España, a la que, con cierto pesimismo, se ha llamado «la gran desconocida», no siempre con razón. El motivo de la elección de este tema es obvio: la Mancha, en la que ejerzo mi profesión, se halla estrechamente ligada a la figura cumbre, gigantesca, de Miguel de Cervantes, príncipe de las letras españolas.

De Cervantes y de su obra in-

mortal, «Don Quijote de la Mancha», se ha dicho y escrito todo. Casi me atrevería a decir que más que todo. No hay resquicio ni línea que no hayan sido estudiados profunda y, como se dice con terminología en boga, exhaustivamente, por sabios investigadores, célebres filósofos, humanistas y filólogos, famosos literatos y eruditos de todas las ramas del saber humano. A veces nos surge la duda de si el propio Cervantes pretendió, con su obra, tanto como de ella se ha dicho: Se ha llegado a la máxima idealización del «Quijote»; se han descubierto tales sutilezas en la novela cumbre de nuestra Literatura que, a buen seguro, si Cervantes hubiese podido leer todos los comentarios, exégesis, ensayos y monografías, habría quedado abrumado por el peso de ellos. El pensamiento humano, como incisivo y penetrante bisturí, ha hecho del «Quijote» una disec-

ción tan perfecta y ha examinado, con tal minuciosidad y detenimiento, todas y cada una de sus partes, que yo creo que no se puede decir, ni añadir nada más. Sin embargo, el hecho de que el propio Cervantes no tratase de ir tan lejos como se ha pretendido, no resta méritos a su obra, ni empalidece ninguna de sus geniales cualidades. Pero si nos sobrecogemos de temor quisieramos, de una u otra forma, nos atrevemos, aunque nada más sea a rozar el tema. ¿Qué podemos añadir, sin incurrir en petulante osadía, a lo que ya dijera grandes maestros del saber? Necesariamente, tendríamos que andar el camino pisoteando, más que pisando, huellas gloriosas, con el burdo calzado del plagio, o navegando, sobre puras y albas estelas, a bordo de una mísera embarcación, sin bagaje alguno original. Por ello, más que en la obra, yo he querido centrar el asunto de esta charla en la tierra que fué escenario en el que se desarrolló la mayor parte de la acción de la primera novela de nuestras letras castellanas. Y no es que de la Mancha, en relación con el «Quijote», no se hayan escrito miles de líneas o pronunciado cientos de conferencias y lecciones, pero de ella cabe siempre una interpretación personal y, por lo tanto, nueva y diferente.

Si ante la contemplación de la grandeza del «Quijote», hemos de quedar mudos de admiración y llenos de imponente respeto, en cambio podemos atrevernos a hablar de la Mancha de Don Quijote, de sus tierras infinitas, de sus paisajes sobrecogedores, de sus hombres, de

sus tipos, de su alma en una palabra, ese alma y ese embrujo que llevó a Cervantes a escogerla para concretar, sobre ella, ideas universales. El novelista no se puede sustraer por completo a la realidad en la que vive. Mezcla lo fingido con lo auténtico, lo imaginado con lo verdadero. Y así muchos de los tipos humanos del «Quijote» viven todavía en la Mancha, deambulan por las espaciosas calles de sus poblanchones y miran a la tierra y al cielo absolutos que enmarcan esta región.

Es evidente que la ruta geográfica del «Quijote» va desde la abrupta y legendaria crestería de Sierra Morena hasta la suave, mediterránea y barroca Barcelona pero, cuando se habla a secas de la «Ruta del Quijote», con fines turísticos o intenciones literarias, se localiza exclusivamente en la Mancha, de donde era el hidalgo protagonista de la novela y su buen y honrado escudero, y en la que se desarrollan la mayor parte de sus descomunales aventuras.

Peró antes que nada, hablemos del paisaje. La gran sorpresa del viajero, que por primera vez visita la Mancha, es el paisaje. Si, literato o turista, o simplemente caminante curioso, lleva una idea prefabricada de llanura y de estepa, de tierra rojiza y sedienta, de páramos calcinados por un sol implacable que pulveriza, después de blanquearlos, los huesos del rucio que murió abrasado y ahogado en el polvo, de una encrucijada, corre el peligro del llevarse una enorme desilusión. Todo depende de por qué arista de la

rosa de los vientos penetre en la Mancha. Si lo hace desde la raya de Portugal, por el Oeste, los grandes bosques que salpican el espinal de los Montes de Toledo, verdadera columna vertebral de la Mancha que, de norte a sur, se incrusta en las estribaciones de Sierra Morena, le darán posiblemente una visión opuesta de la que esperaba encontrar. Lo mismo ocurrirá si entra por el sur, porque tendrá que saltar a caballo la serranía. La impresión es distinta si salva las cotas de la Sierra de Alcaraz, por el Este, para llegar a la histórica llanada del campo de Montiel, el de las grandes cabalgadas de las Ordenes Militares, el de «ni quito ni pongo rey», escenario de la lucha fratricida que culminó en el magnicidio de Pedro el Cruel a manos de Enrique de Trastámara. Y si entramos en la provincia de Ciudad Real, por el norte, por Puerto Lápice o por Alcazar de San Juan, hallaremos también la infinita llanura que imaginamos.

La misma etimología de la palabra «Mancha» es contradictoria como su paisaje, pues si para unos la raíz está en el arabismo que significa Tierra Seca, para otros Mancha es bosque, matorral, mancha de verdor y de frescura. Y ninguno de los bandos miente, porque de ambas cosas tiene la región. La innegable realidad es que la mitad de la extensión de la provincia de Ciudad Real es bosque y sólo la otra mitad es tierra llana como la palma de la mano, aunque la impresión de llanura es la que más se ha grabado en la retina del turista o del

escritor y, por ello, ha perdurado a través de los tiempos. Sin embargo, la frialdad de las cifras y de la estadística nos dice que el monte y el llano se reparten por igual dos diecinueve mil y pico kilómetros cuadrados que se encierran dentro de los límites de la provincia, la tercera en extensión de España, después de Badajoz y Cáceres.

Si la sequedad y aridez de las tierras manchegas se han hecho tópicos, para desmentirlos están no sólo las lagunas de Ráldera, fuente madre del serpenteante y misterioso Guadiana, sino la abundancia de aguas subálveas, hasta el punto que, si se horada a flor de piel en la corteza del suelo, de cada pozo brota un manantial en la mayor parte de la Mancha.

Esa diversidad de paisajes, de horizontes, esa conjunción de tierras llanas y serranías, de estepa y vergel, de páramos y prados hicieron de la Mancha el mejor escenario para una novela con caracteres de universalidad porque, en su propia variedad geográfica, tiene raíz la diversidad de tipos que se mueven entre los dos polos opuestos de Don Quijote y Sancho Panza, como el Bachiller Sansón Carrasco, el Caballero del Verde Gabán, los yan güeses, el cura, la moza, la ventera Maritornes y Dulcinea.

Un joven poeta manchego, Juan Torres Grueso, ha dicho que:

La Mancha es, tierra de tierra,
con noches de mar sin mar,
con aurora sin orilla,
con playas de sal y cañi.

Este poeta es de Tomelloso. Por

ello, necesariamente, tiene de su tierra una visión de llanura infinita, que es lo que más se asemeja a la inmensidad del mar, comparación frecuente entre escritores, quienes, si llamaron mares a las mieses, acaso sea porque el viento, cuando besa las espigas, da la impresión de un suave oleaje rizado sobre la playa en la bajamar, o porque las arenas y los trigos ofrecen el mismo tono dorado cuando son acunados por el sol del estío.

Estas afinidades de mar y llanura, de llanuras como el mar, cobran categoría de realidad tangible cuando vemos, aunque parezca paradójico, que en pleno corazón de la Mancha se halla anclado el Archivo General de la Marina de Guerra Española. Este Archivo está en el Palacio de Don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, almirante de la Invencible, que se levanta en el pueblo de El Viso, cerca de Almuradiel, tras la arrogante escollera de Sierra Morena, (insistimos en el tema mariner a propio intento), que separa los mares de tierra de Andalucía y de la Mancha. Por eso hoy, en su memoria, Viso se llama Viso del Marqués. Parece un contrastado que el Archivo General de la Marina se halle tierra adentro, en lugar de estar en un glorioso puerto de mar, evocador de periplos de navegantes y de cruceros arriesgados, de batallas navales y de galeones descubridores. Y, sin embargo, allí está.

Tal vez las preferencias del de Santa Cruz fueran hacia la llanura porque, como hemos dicho, son los amplios espacios llanos los que más

se parecen al mar sin límites, o bien porque cansado del incesante navegar, quiso anclar los últimos años de su vida y buscar el descanso, tras el duro batallar sobre cubierta, en tierra firme. Y más firme que ésta, ninguna. Como evocación o como compensación, por nostalgia o por deseo de contraste, el caso es que el Marqués de Santa Cruz, según el decir popular, «hizo un Palacio en El Viso, porque pudo y porque quiso». Este Palacio marca una era de transición, ya que, por entonces, los nobles no construyen castillos como antaño, sino lujosas mansiones señoriales, pues ha terminado la empresa de la Reconquista. Ya no hay que defender el suelo patrio de la invasión, pero sí hay que descansar de las árduas tareas de expansión, de conquista y de colonización. América es el Imperio. La llanura es la paz.

El Palacio emerge magnífico, porque el de Santa Cruz «quiso» para demostrar al Rey quién era; y también porque «pudo». Y pues tenía riquezas suficientes, llevó a las obras a muchos de los artistas italianos contratados por Felipe II para la erección del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Don Alvaro pagaba mejor que el Rey y en moneda tan buena como la suya; por ello, muchos abandonaron el Real Sitio y se trasladaron a la Mancha, donde erigieron esa maravilla de estilo italianizante, una de las mejores de España en su género, por sus frescos, estatuas y ornato de incalculable valor. En este Palacio se han reunido todos los trofeos del almirante que constitu-

yen una valiosa colección, por lo que, además de Archivo General de la Marina de Guerra, es al mismo tiempo Museo del Marqués de Santa Cruz. Si me he detenido con delectación en este punto es porque, aparte del valor histórico-artístico del Palacio, su propia paradoja resulta verdaderamente buena para el reportaje periodístico.

También los molinos de viento acentúan la semejanza de la llanura con el mar. Desde lejos, aunque haya que entornar los ojos y forzar la imaginación, se asemejan a veleros de blanca arboladura. Pese a que los molinos tipifican a la Mancha en la Literatura, por la intrépida y llena de sinrazón aventura de Don Quijote, pocos son los que superviven. Los más conocidos y famosos son los de Campo de Criptana, que tienen nombres de regusto clásico: «El Infante», «El Sardineiro» y «El Burlata», tres airones que, desde un cerro, jalonan la línea que separa el cielo del llano. Pero donde hoy se alzan tres solamente, hubo en otros tiempos muchos más. ¿Dónde quedaron «El Guindalero», «El Zaragüelles» o «El Tahonillas»? porque los molinos de la Mancha, como el toro o el caballo andaluces, tienen su nombre propio. La descripción cervantina no deja lugar a dudas. Y así, en el capítulo VIII del Libro Primero, que trata «Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento», dice Cervantes: «En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo». Fuere éste el

de Criptana o el de Puerto Lápice, lo cierto es que hoy, en la Mancha no hay, en ninguna parte, treinta o cuarenta molinos juntos. Casi me atrevería a decir que no los hay en tal cantidad aunque sumemos todos los de la región o al menos los de la provincia de Ciudad Real, que es la que conozco. En cada encrucijada polvorienta de los caminos manchegos de entonces, había un molino o un grupo numeroso de ellos. Todos, poco a poco, fueron rindiendo sus aspas, no al viento sino a la incuria y al abandono, y murieron calladamente, sin pena ni gloria o, lo que es peor, quedaron mutilados para siempre luciendo ahora, en ruinas, los muñones de sus brazos rotos o las cuencas vacías de sus ojos, cuando no cegadas de piedras y de cascotes.

Sin embargo, en nuestros días se lleva a cabo una importante tarea de reconstrucción y restauración para que no se pierdan las características regionales que diferencian a la Mancha de otras comarcas españolas. Así, hace poco más de un año, sobre el cerro que en Puerto Lápice separa Toledo de Ciudad Real, se abrieron, como brazos amigos que dan la bienvenida a los caminantes que entran en la provincia por el norte, las aspas del molino que ha sido bautizado con el sonoro y quijotesco nombre de «Bachiller Sansón Carrasco». Fue construido de nueva planta gracias al mecenazgo de un buen manchego, y en verdad que parece un centinela bondadoso que vigila la entrada de la Mancha para saludar al viajero y recordarle que va a pisar, de un se-

gundo a otro, la tierra que sirvió de escenario a las más descomunales aventuras del gran idealista de todos los tiempos, nuestro buen señor Don Quijote.

En Herencia se levanta ya el que lleva el nombre de «Maritornes» y en Argamasilla de Alba, no hace un mes, se inauguró el que se ha denominado «Cura Maese Pero Pérez».

Aparte de estos, otros se construyen en diversos lugares y otros se reconstruyen en Valdepeñas, Almodóvar y Alcázar de San Juan. Por otro lado, la natiente Sociedad de Amigos de los Molinos, que acudilla el pintor manchego Gregorio Prieto, ha empezado a dar señales de vida, en un movimiento espiritual de restauración.

Pero ya que de Gregorio Prieto hablamos, digamos que, a la entrada de Valdepeñas —y todo el que haya cruzado la carretera general de Andalucía en los últimos tiempos, lo ha podido ver— se alza el Molino-Museo que el Ayuntamiento valdepeñero regaló a su hijo predilecto, y célebre pintor, a quien acabamos de mencionar. Como es natural, nada se muele en él; pero el pueblo de Valdepeñas quiso que fuese el mayor molino de España. Por eso, es amplio y tiene grandes estancias que son otras tantas salas de exposición permanente de obras del artista y de objetos de artesanía manchega, distribuidos en las tres plantas o pisos de que consta. Allí, Gregorio Prieto ha recogido lo más representativo del arte de su tierra: cerámica, muebles, vidrios, cobres, etcétera y muchos cuadros suyos,

entre ellos uno de la Virgen de la Consolación, Patrona de Valdepeñas, y un retrato de Juana la Galana, heroína manchega en la Guerra de la Independencia.

Pero el molino de Gregorio Prieto tiene historia y detengámonos un poco más en él. Un molinero de Consuegra, provincia de Toledo, dirigió su construcción siguiendo los planos de otros antiguos que se conservan. Por dentro, pues, el molino gigantesco de Valdepeñas tiene todas las piezas esenciales de un auténtico molino, si se exceptúa el árbol central que mueve las piedras, por necesidades de adaptación de las estancias interiores. Tiene 16 metros de altura, 23 de velamen y un eje de nueve metros de longitud. Si se pusiese en marcha, llegaría a alcanzar una fuerza de 30 caballos; que es mucho más de lo que las gentes suponen, sin poderse calcular su potencia en los días de fuerte viento. Si se han dejado de utilizar los molinos de viento, pese a que su molienda es más fina y mejor que la de los mecánicos de nuestros tiempos, es porque, en los días de calma, necesariamente habría de interrumpirse el trabajo. Curiosos son los nombres de las piezas esenciales de un molino. Las de sostén se llaman «madres», «canecillos», y «camones». Las «plumas» son tirantes de varios metros y el «fraile» la cúspide del cono que forma el techo. El eje se apoya por un lado en la piedra «solera» y con el «rabote», o parte posterior, se apoya en la piedra «volandera». También es pieza importante la «rueda» que sirve para dar fuerza o frenar al mo-

lino. Y luego están los «husillos» y la «linterna», etc. Las piedras de un molino como éste, pueden dar 25 vueltas por minuto y moler 150 kilos de trigo a la hora. Para dirigir la marcha de un molino se requieren técnica y experiencia, porque hay que conocer los vientos para orientar las aspas como si fuese el velamen de un barco. Sólo de este modo podrán resistir los temporales como los resiste la arboladura de una nave. Cuando se hicieron las pruebas del molino de Gregorio Prieto, se estaba moliendo con viento «moroscote» y hubo que cambiarlo de pronto y de prisa para el viento «toledano» pues, de lo contrario, se hubiesen roto los lienzos. El viento mejor, según el molinero de Consuegra que dirigió las obras, para el molino de Valdepeñas, es el «matacabras» o viento del nordeste. Sin embargo, estos molinos, llamémosles decorativos, no beben los vientos de la llanura, se llamen como se llamen, para convertirlos en fuerza motriz y en el pan nuestro de cada día, pero, en cambio, abren los brazos de la cordialidad manchega a todos los visitantes, de dentro y fuera de España, porque, de Madrid a Andalucía, incesantemente los turistas cruzan estas tierras que siempre fueron de transición.

Si ahora son camino obligado del turismo en misión de paz, de concordia, de amistad y de conocimiento, antaño fueron vías guerreras, fáciles a la algarada y a la batalla en campo abierto, entre moros y cristianos. El propio Cervantes parece que se recrea en reconocerlo,

puesto que imagina que los manuscritos del «Quijote» estaban hechos en grafismos arábigos e inventa el nombre de Cide Hamete Benengeli para dar mayor fuerza a su obra creadora.

Este año, precisamente, hemos celebrado una efemérides que nos recuerda el carácter de tierra de paso que tiene la Mancha. El 20 de febrero, Ciudad Real conmemoró el VII centenario de su fundación por el Rey don Alfonso el Sabio. En esa misma fecha del año 1255, el Monarca castellano, hijo de Fernando III el Santo, otorgó a lo que antes fuera la aldea de Pozuelo de Don Gil —un pequeño caserío sin importancia— la Carta Puebla y ordenó la fundación de Villarreal, andando el tiempo, se convertiría en la actual Ciudad Real. El nombre mismo explica bien claramente su razón de ser. El territorio sobre el que se alzó la nueva urbe estaba enclavado en la amplia zona dominada por la Orden Militar de Calatrava. Para frenar a los caballeros en sus desmedidas ansias de poder, quienes, por otra parte, como fuerzas de vanguardia de la Reconquista, habían prestado valiosos servicios a la Causa de la Cristiandad, quiso levantar Alfonso X una ciudad suya, dependiente directa y exclusivamente de la Corona de Castilla, con fuero especial, libre de toda sumisión a los calatravos. Para que su solo nombre recordase permanentemente a sus vecinos el poder del Rey, la llamó Villarreal. Y muy cerca de la capital manchega, está también Aldea del Rey, otro

énclave regio creado con el mismo fin.

Pero aún hubo otras buenas razones para que Alfonso X el Sabio mandara construir Ciudad Real en tierras de transición entre moros y cristianos. Una de ellas, la necesidad de edificar un importante núcleo urbano que sustituyese a la arrasada ciudad de Alarcos, en la que sufriera sangrienta derrota el ejército cristiano en 1195 por la impaciencia de Alfonso VIII. El cerro de Alarcos separa dos grandes llanuras, limitada la una por Sierra Morena, y la otra, por los Montes de Toledo; pero si estratégicamente, Alarcos era un muro, entre dos amplias extensiones llanas propicias al choque en campo abierto de dos grandes masas, una de sarracenos y otra de castellanos, históricamente fué el antecedente de Ciudad Real, ya que, cuando Alfonso X pensó en reconstruir Alarcos, no se decidió a hacerlo en el mismo sitio que antes ocupara, —sobre el río Guadiana y a unos ocho kilómetros de la actual capital de la Mancha—, porque el paludismo era entonces peor azote que la guerra. Dice el propio Rey en la Carta Puebla otorgada a Ciudad Real, que se conserva en el archivo municipal: «Después que fuí Rey, fuí en Alarcos e ví el castiello e la villa e oviera voluntad de poblallo e facer hy gran villa e bona e prové de facello por todas guisas e non pude efalle, que assi lo probaron los otros reyes que fueron ante mí e non pudieron, ca era el lugar muy doliente e por ningún algo, no por franquía que les diesen, nin que les ficiesen, non

querían hy fincar, ca non hy podían vivir, ca se pierden de muerte. Et por ende tove por bien, pues que aquel lugar se ermaba, que la tierra non se ermase e quis que oviera hy una grand villa e bona que corriesen todos por fueró e que fuese cabeza de toda aquella tierra e mandela poblar en aquel lugar que dicen el Pozuelo de Don Gil e púsele el nombre de Real». El sabio monarca ordenó, pues, que la nueva urbe se alzara donde hoy está, alejada del río, para evitar las epidemias.

Así fué cómo Ciudad Real se convirtió en residencia de la Corte durante las andanzas guerreras de los monarcas castellanos, que no querían perder las riendas del gobierno en manos de validos, y en Cuartel General avanzado de la Reconquista. La Mancha, a lo largo del tiempo, no ha perdido este sentido de tierra de transición entre el Norte y el Sur de España, entre las legendarias tierras de moriscos y las de los caballeros de la Cruzada.

La fundación de Ciudad Real fué principalmente una medida de política interior; por eso quiso el Rey, sin duda como contrapeso para la Orden de Calatrava, —que sustituyó a la de Santiago, en la posesión de las tierras que circundaban Alarcos—, que la nueva Villa Real estuviese bien poblada de caballeros, para lo cual dió a quienes fueron a establecerse en ella las mismas franquicias (las más generosas y amplias que entonces se conocían) que a los de Toledo y a los de Cuenca, consistentes en quedar libres de toda exacción y gravamen,

sin excluir los que pudiesen corresponder al propio soberano.

Pero volvamos al «Quijote». Este libro que originariamente fué una novela, una pura ficción literaria e imaginativa, por la propia fuerza de su universalidad se ha convertido en leyenda y casi en mito. Mas en la Mancha el fenómeno es más curioso todavía, porque el «Quijote» se ha convertido en historia. A fuerza de ligar el nombre del desventurado hidalgo con el de la Mancha, ésta ha incorporado el mito a su acervo histórico popular. Y la Mancha se enorgullece, no sólo de haber sido inmortalizada por Cervantes, sino del propio protagonista, al que considera como personaje real que hubiera nacido, vivido y caminado por aquellas tierras, en andadura gloriosa. Y así, en alguna venta, os dirán que allí se hospedó Don Quijote y su cuna —no la de Cervantes, entiéndase bien, sino la de Alonso Quijano— se la disputan varias villas y todas las encrucijadas están llenas de apócrifas anécdotas sobre la vida y milagros del Caballero de la Triste Figura, muchos más que los que el autor inventó para su obra. Si Diego de Almagro fué un adelantado manchego en Indias, Don Quijote lo fué en su propia tierra, digamos natal. Y si no ha surgido la partida bautismal de Don Quijote y de Sancho Panza es por puro milagro, pues luego veremos cómo, en Alcázar de San Juan, se conserva una partida de un Miguel de Cervantes, que los alcazares consideran, no sólo auténtica, porque lo es, sino que corresponde al autor del «Quijote», lo

que ya no está tan claro. ¡Y ay de aquel que se atreva ponerlo en duda, porque entonces merecería el desprecio y el vacío de todos los manchegos de aquella zona. A estas confusiones, dualidad de patrias y demás consecuencias, dió lugar el propio Cervantes, ya que como se demuestra por su obra, conoció a fondo la tierra y, al mezclar la ficción con la realidad, describió minuciosamente lugares que hoy existen y de los que se valió para dar matices de verosimilitud a su imaginada historia. Así, los eruditos han localizado la aventura de los batanes en Miguelturra, muy cerca de Ciudad Real, y la de los molinos, como hemos dicho anteriormente, entre Campo de Criptana y Puerto Lápice, en razón a la proximidad de estos pueblos y Argamasilla de Alba, punto de partida de la primera salida del ingenioso y loco hidalgo, razón que se afianza si se tiene en cuenta que también está cercano el famoso Campo de Montiel; la aventura del yelmo se sitúa cerca de Almagro, por la descripción del paisaje; y la de los galeotes, en Bolaños, por donde pasa el río Jabalón. Nada digamos de las aventuras de Sierra Morena y de las lagunas de Ruidera, porque están geográficamente detalladas en parajes que hoy conservan los mismos nombres de entonces. Aunque Cervantes no buscara la precisión toponímica, colocó los hechos en sitios concretos por él vistos y recordados, impresionados en su mente como en una cámara fotográfica.

Y algo parecido pasa con los tipos humanos de su novela. Cervan-

los universalizó, pero hay todavía muchos modelos vivos de sus personajes. El hidalgo pueblerino del centro de España, de Castilla, subsiste. Y lo mismo puede decirse de artesanos, campesinos, mozas y venteros.

En los azarosos días de la guerra civil, fué a parar a Piedrabuena el ilustre cervantista don Francisco Rodríguez Marín. Luego escribió un libro en recuerdo de aquellos días. En él ve, en los manchegos, más que la figura de Don Quijote, la de su escudero Sancho Panza, aunque esta afirmación no tenga ninguna intención peyorativa. Sólo un caballero alto, huesudo, magro, que diariamente le llevaba el correo; traía a la memoria de don Francisco el tipo humano de Don Quijote. ¿Es cierto, nos preguntamos nosotros con el Dr. Martínez Val, Director del Instituto de Estudios Manchegos, que la Mancha es, primordialmente, tierra de Sanchos con pocos Quijotes? Puede que sea cierta la afirmación; aunque haya antes que delimitar zonas. Pero, sobre todo, más que Quijotes y Sanchos, la Mancha nos da hoy «Caballeros del Verde Gabán», imagen de aquél discreto Diego de Miranda, cuyos rasgos, bien relatados por Cervantes en los capítulos XVI al XVIII de la segunda parte de su «Ingenioso Hidalgo», pueden hallarse en muchos hombres de pro de dicha tierra.

«Pero, si Sancho, tanto física como espiritualmente, sigue viviendo y como reencarnado con profusión en la ancha meseta manchega, bueno será que tengamos en cuenta

—añade el Dr. Martínez Val— que Unamuno dijo de él que era tan español y tan manchego como Don Quijote y no es desdoro para la Mancha que sea uno de sus arquetipos, muy especialmente entre la gente humilde, sencilla y campesina. Porque en realidad Sancho es humano, simpático y amable, y no necesita reivindicaciones de ningún género. Su elogio lo escribió el propio Cervantes y ahí queda el «Sancho amigo», el «Sancho bueno» y el «Sancho hermano», como una figura de dimensiones tan amplias como la llanura que le viera nacer. Porque Sancho proclama su mancheguismo y se siente contento de su región. Y este Sancho, tan manchego, no es el escudero socarrón y materialista, grosero y pegado a la tierra, reverso de los altos ideales de su amo, que nos han pretendido describir muchas veces. Sancho es, en todo caso, el criado ignorante pero fiel. Es el «buen vasallo que encuentra al buen señor», como añoraba en su Cantar el Mío Cid. No siente la codicia, porque tiene buen sentido y discreción, expresada en esa popular sabiduría del refranero, que si encrespaba los nervios de Don Quijote, a nosotros nos deleita con su inesperado gracejo y nos hace pensar, muchas veces, con la profundidad de sus verdades fundamentales, incorporadas a la raíz moral de nuestra estirpe. Muy bien sabía Sancho la inestabilidad de las cosas terrenas. Y mejor aún, sabía que, tras ese fin terreno, ya nada fluye: todo es eterno, fijo e inmutable. Así piensa, cuando vuelve de la dimisión de su ínsula. Sancho es

sencillo y honrado. Sencillo porque conoce la vuelta de la loca Fortuna. Honrado porque conoce que hay una instancia suprema para todas las acciones. Por estas dos virtudes, arraiga en el amor a la familia, cuyo recuerdo es siempre emocionado, paternal y entrañable. Y por ellas también, su gobierno fué honesto, lleno de talento natural y de hombría de bien. Queda, en esta escueta relación de cualidades, la mejor, su pura y honda religiosidad, que le hacen exclamar que más prefiere volverse a sustentar Sancho a secas, con pan y cebolla, que como gobernador con perdices y capones, si esto último le ha de llevar al diablo. «Más me quiero ir como Sancho al cielo, que como gobernador al infierno».

Si los manchegos son Sanchos, ahí está su mejor y más fiel retrato. Pero la visión de don Francisco Rodríguez Marín no tenía más remedio que ser parcial, porque en la Mancha, aunque abunden Sanchos, gentes sencillas y honestas apegadas al terruño, hay también algunos «quijotes», tal vez los menos; pero sí bastantes caballeros del Verde Gabán, tal vez los más. No olvidemos que, muchas veces, las apariencias físicas engañan y si el tipo somático de Sancho se repite con frecuencia, ya hemos dicho que la Mancha es tierra de transición y de conjunción de razas en el tiempo, con una diversidad asombrosa de individuos. Así, en un mismo pueblo, y no hace mucho, en mis andanzas por los campos de Montiel, me topé con dos hombres completamente distintos: uno moreno, que

alguno de los miembros de la guardia imperial de Abderramán, con anchas y pobladas cejas como dos manchas de carbón sobre su frente; y otro rubio, alto, con pelo tirando a rojizo, como mazorca de maíz, que lo mismo podía ser un celta que se descolgó desde el norte hasta la meseta, que uno de los gigantes libios, hombres rubios que acompañaron al moro Muza en la invasión. Es muy corriente el tipo de los jaros —así llaman a los rubios— en la Mancha, pese a los siglos de dominación musulmana.

Pero la reencarnación viva de Sancho Panza la he encontrado en dos sujetos de antología. Uno, un campesino socarrón de un pueblo cercano a Ciudad Real, que todo el mundo conoce por el sobrenombre de «El Tremendo». Bajo de estatura, no muy rechoncho, de rostro colorado, congestivo, y con buenas dosis de gramática parda. Nadie sabe su nombre, ni siquiera su propia esposa. Ella sólo sabe que es la mujer de «El Tremendo» y le basta. El otro tipo, que si en lo físico se parece más a los retratos que nos pintan del fiel escudero de Don Quijote, en lo espiritual es una maravillosa combinación de idealismo y prosaísmo. Y despliega una actividad múltiple e incansable porque, entre otras cosas, es sacristán, oficial de abastecimientos, delegado local de información y turismo y hasta corresponsal del periódico de la provincia en la ciudad de Alodóvar del Campo. Pero a cada uno, en la Mancha, os podréis topa con tipos y figuras, que reconóc

reis enseguida, porque antes los vis-
teis retratados en la inmortal obra
de Cervantes.

La identificación de la región con
el «Quijote» y con su genial autor,
llega a tal punto de apasionamiento
en algunas ocasiones que, si vais a
Alcázar de San Juan, no oséis en
modo alguno negar que el Príncipe
de los Ingenios era alcazareño de
pura cepa. Para los que no la co-
nozcan, diré que Alcázar es una an-
cha y extensa ciudad manchega,
clave de un importante sistema fe-
rroviario, nudo en el que conver-
gen las comunicaciones de Andalu-
cía y de Levante. En Alcázar de
San Juan — feudo en tiempos de la
Orden Militar de este nombre, que
perdura ahora como apellido de la
ciudad — está la parroquia de San-
ta María, rematada por una torre
de aspecto militar que denota su an-
tigua cualidad de fortaleza y que
guarda la leyenda, bien documen-
tada, que reclama, para la urbe, la
gloria de haber sido la cuna de Mi-
guel de Cervantes. Sobre la pila
bautismal, una placa, colocada en
1905, afirma que allí recibió las
aguas regeneradoras el autor del
«Quijote»; y en el archivo parro-
quial se conserva una partida total-
mente auténtica, que dice así: «En
nueve días del mes de noviembre de
1558, bautizó el Licenciado, Alon-
so Díaz Pajares, un hijo de Blás de
Cervantes y Saabedra y Catalina
López, que le puso nombre Miguel;
fué su padrino de pila Minchor de
Ortega acompañado de Juan de
Quirós y de Francos Almendros y
sus mujeres de los dichos». Claro
es que, aunque cuanto dice la par-

tida es cierto, ya no les parece lo
mismo a los eruditos la nota margi-
nal que, seguramente en el siglo
XVIII añadió la mano de un entu-
siasta investigador, y en cuyas le-
tras desvaídas puede leerse: «Este
fué el autor de la historia de Don
Quijote».

De ser así, Cervantes habría to-
mado parte en la batalla de Lepan-
to a los trece años y ha parecido a
los cervantistas una edad muy tem-
prana para combatir contra los tur-
cos. Sin embargo, es imposible to-
da discusión con los alcazareños
que rechazan, indignados, la teoría
del nacimiento de Miguel de Cer-
vantes en Alcalá de Henares, como
han tratado de demostrar Astrana
Marín y otros autores.

Sabido es también que muchos
coinciden en señalar a Argamasilla
de Alba, próxima a Alcázar de San
Juan, como la patria de Don Qui-
jote, aunque no faltan quienes la
sitúan en Argamasilla de Calatrava,
en la parte sur de la provincia, cer-
cana a la importante cuenca minera
de Puertollano y en el polo opuesto
de la primera de las dos Argamasi-
llas. Si la de Alba tiene más parti-
darios, es porque se halla muchos
más próxima que la de Calatrava a
los escenarios en que tuvieron lugar
primeras salidas del andante ca-
ballero. Pero en esto los manche-
gos tienen también su propia teoría,
convertida en leyenda. Y aseguran
que «ese lugar de la Mancha, de
cuyo nombre no quiso acordarse
Cervantes» es, y no otro, Argama-
silla de Alba donde, además, según
ellos, se escribieron las primeras pá-
ginas del Quijote. No faltan razo-

nes, y buenas, para sostener esta te-
sis, aunque ya he dicho que no soy
historiador, sino periodista, y me li-
mito a contar lo que otros dicen. La
leyenda a grandes rasgos, es la si-
guiente: «Corría el año 1601 y Cer-
vantes, manco cobrador de alcaba-
las, residía en Argamasilla de Alba.
No era bien mirado por los del pue-
blo, porque ¿qué cobrador de im-
puestos es simpático a las gentes?»
En Argamasilla había entonces una
chiquilla bonita, sobrina de uno de
los magnates de la villa, don Rodri-
go Pacheco y Avilés de Sotomayor.
Las comadres hicieron el resto. Di-
jeron que Cervantes rondaba a la
sobrina y que la requería de amo-
res. Fué el fuego que prendía la me-
cha. El chisme llegó a los oídos de
don Rodrigo y del Licenciado Pati-
ño, a la sazón alcalde del lugar. La
especie cundió y nuestro buen y ge-
nial manco se vió preso y aherroja-
do. Juan Eugenio Hartzenbuch, con
verso fácil, cuenta la historia en unas
composiciones que hizo cuando fué
a Argamasilla a revisar y corregir
la edición del Quijote que Rivade-
neyrá lanzó y distribuyó a través de
su editorial, ejemplares que fueron
impresos en la misma Cueva de Me-
drano, donde es tradición que estu-
vo detenido el Príncipe de los Inge-
nios y a donde el editor trasladó sus
bártulos y máquinas de imprimir.

Siguiendo la leyenda, en la Cue-
va de Medrano, fué donde estuvo
preso Cervantes y en ella comenzó
a escribir su inmortal obra, de acuer-
do con la teoría que estamos expo-
niendo. Es más, aseguran que el
propio Don Rodrigo Pacheco le sir-
vió de modelo para crear su prota-

gonista, ya que el tío solterón de la
encantadora chiquilla poseía las ca-
racterísticas físicas que Cervantes
atribuye a Don Quijote y, además,
había padecido una enfermedad en
el cerebro. Hoy, en la capilla de la
casa solariega del Marqués de Ca-
sa Pacheco, hace poco fallecido y
descendiente de Don Rodrigo, se
conserva un cuadro con el retrato
del hidalgo, que tiene una inscrip-
ción que dice: «Apareció Nuestra
Señora a este caballero (el caballe-
ro es don Rodrigo, que más pare-
ce Don Quijote) estando malo de
una enfermedad gravísima, desam-
parado de los médicos, vispera de
San Mateo, año de 1600 y enco-
mendándose a esta Señora y prome-
tiéndole una lámpara de plata, lla-
mándola de día y de noche, de gran
dolor que tenía en el cerebro, de
una gran frialdad que se le cuajó
dentro».

La magra figura de Don Rodri-
go y su enfermedad cerebral, su
apostura e hidalguía, sus cualidades
de caballero manchego, dan visos
de verosimilitud a la leyenda, que
le considera como modelo vivo de
Don Quijote. Si esto fuese así, no
habría ningún inconveniente en ad-
mitir que Argamasilla de Alba fué
la patria del Ingenioso Hidalgo y
toda la historia de la prisión de Cer-
vantes en la Cueva de Medrano.

Hubiere lo que hubiere de cierto
en ello, la verdad es que la Cueva
acaba de ser restaurada, hace dos
años y salvada así de la ruina en
que se encontraba. A su entrada,
una inscripción recuerda, ante-
riormente, al viajero curioso, que
allí se escribió «El Quijote».

y que allí estuvo preso Cervantes. Uno de los motivos del encarcelamiento ya lo hemos explicado. El otro, dicen que fué la indignación del pueblo porque Cervantes pretendió cobrar ciertos diezmos que se debían al Priorato de San Juan, Orden Militar de Caballería bajo cuya hegemonía estuvo en la antigüedad toda la comarca y que en tiempos de Cervantes aún conservaba determinados privilegios.

Entonces, en abril del año 1953, se celebró un acto literario en la restaurada Cueva. Más que la fidelidad histórica, interesaba la exaltación cervantina y manchega. Por ello, el poeta Federico Muelas dijo, en aquél acto, que «El Quijote» tiene aire de cueva, porque encierra el hondo idealismo que se siembra con la esperanza de una primavera floral, que ha de hacerlo brotar a la luz de nuevo, ya convertido en realidad. Por eso, nada más significativo que «El Quijote» como semilla de héroes. Es la hora de la cueva, de la profundidad; y el mito de Medrano y de la Cueva, hay que conservarlo y rejuvenecerlo».

Desde luego, se ha conservado la forma y características que la prisión tuviera antaño. Y se levantó acta notarial de la reinauguración, cuyas obras fueron llevadas a cabo por el arquitecto, manchego por cierto y además de Argamasilla, de la Dirección General de Bellas Artes, don Germán Valentín Gamazo. Es decir, que, cierta o no la leyenda, la verdad es que tiene el asenso popular y en cierto modo también el asenso oficioso de escritores y poetas. Y si no encerró los huesos

de Cervantes, ni vió las primeras líneas del «Quijote», al menos tiene el valor histórico de haber servido de imprenta improvisada para una de las ediciones más famosas de la genial obra, que lanzó Rivadeneyra bajo la dirección de Hartzenbuch, trasladando a la cueva tipos, útiles de imprimir y máquinas de las artes gráficas, como hemos dicho anteriormente.

Al hablar del paisaje de la Mancha, no podemos por menos que rozar, aunque sea levemente, el tema de las lagunas de Ruidera, tan ligadas al «Quijote», que una escritora contemporánea, Eugenia Serrano, ha querido imaginar que están encantadas y que, en los pergaminos del sabio encantador reza que, a las lagunas, las desencantará el Sindicato de Hostelería, pues se erigirán en sus riberas hoteles y barrios residenciales. Y, cuando las carreteras lo permitan, añade, Ruidera, milagrosa y bellísima, hará competencia en deporte acuático a los mejores lugares del mundo. Se reirá del Wanssee alemán y de los lagos suizos y del de Como. Una exageración celtibérica sin duda, pero, desde luego, las lagunas son hoy una riqueza natural sin explotar. Cerca de ellas, se alza el pantano de Peñarroya y hay una empresa hidroeléctrica que las aprovecha en su beneficio. Pero su belleza virgen y salvaje no es explotada para recreo de la vista y del espíritu, para descanso del cuerpo y del alma, ni siquiera con fines turísticos.

Y si el escenario natural es indefinible, no son menos bellos sus nombres, también de regusto cer-

vantino: «La Conceja», «la Batana», «la Tinaja», «la Cenagosa», «la Redondilla», «la del Rey», «la de San Pedro», «la Cueva Morenila», «la Blanca», «Escudero», «la Colgada», etc., etc.

Nacen las lagunas en la provincia de Ciudad Real, pero a los seis kilómetros se adentran en la de Albacete, para aparecer de nuevo en la primera. Tres valles dan origen a las lagunas. En el primero, se hallan los manantiales denominados Fuentes de Valdemontiel a los que se atribuye, asimismo, el principal punto de partida del Guadiana Alto.

Siete son las lagunas mayores, algunas con longitud de tres kilómetros por una anchura de casi 400 metros, pero hay otras más pequeñas, como la «Redondilla Segunda», de 200 metros de larga por 100 de ancha, y la «Taza», así llamada porque no tiene más que 100 metros de longitud por 50 de anchura.

Aparte de sus encantos naturales, las lagunas tienen la fuerza irresistible del misterio, idealizado en «El Quijote», porque andando a su vera se llega a la famosa Cueva de Montesinos, que evoca a Durandarte y a Merlín, y da origen a toda la bella leyenda, según la cual todas las lagunas no son más que doncellas encantadas convertidas en agua cristalina y riente.

Así, en el capítulo XXIII de la segunda parte del Quijote, pone Cervantes en boca de Montesinos las siguientes palabras: «Llevé vuestro corazón a presencia de la señora Belerma; a la cual, con vos y con mi amigo, y con Guadiana, vuestro

escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con muchos otros de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlín ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros: solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasión que debió tener Merlín de ellas, las convirtió en otras tantas lagunas que llaman las lagunas de Ruidera; las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas, de los caballeros de una Orden Santísima que llaman de San Juan. Guadiana, vuestro escudero, plañendo así mismo vuestra desgracia, fué convertido en un río llamado de su mismo nombre: el cual cuando llegó a la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra: pero como no es posible dejar de acudir a su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes lo vean». Así es cómo Cervantes ve el origen poético de las lagunas de Ruidera y del río Guadiana, clave y eje de la Mancha.

Uno de los hallazgos más importantes de los últimos tiempos en la Mancha, y posiblemente en España, ha sido el del Corral de Comedias de Almagro, sede en otra época de la poderosa y militar Orden de Calatrava.

Allá, en su Plaza Mayor, que parece una fantástica decoración de teatro, con balconadas de madera, largas y corridas, que más se asemejan a galerías de un puerto de pes-

cadadores que a edificaciones de tierra adentro, en uno de sus caserones, ha sido descubierto un antiguo Corral de Comedias, posiblemente el único en su género que se conserva en España y tan antiguo como el famoso «Globo» de Londres. Es un retazo de historia, encerrado entre unas viejas paredes, hoy limpias, restauradas y encaladas, con galerías y columnatas, en las que parece que resuenan aún las voces de aquellos cómicos de la legua, que llevaban su arte y sus canciones por todas las tierras de Castilla. El arte de representar tuvo en nuestros corrales comprensión, cuando comedias y tonadillas dejaron de ser diversiones privativas de los palacios de nobles para pasar a ser solaz y esparcimiento del pueblo.

Almagro, la morisca Al-Magreb, o «Tierra de Occidente», llena de tipismo, luce en cada esquina piedras milenarias que recuerdan su estirpe gloriosa. Sus casas ostentan todavía aristocráticos blasones y sus iglesias encierran toda la magnificencia de épocas de esplendor.

En el Corral de Comedias, todo ha sido dejado como estaba: las altas galerías y lunetas destinadas a los personajes de alta alcurnia y el amplio patio donde se situaba la plebe. Únicamente el recinto ha sido limpiado y encalado y sostenidas sus columnas para que no se derruyesen.

La comedia —ya lo hemos dicho— saltó de los palacios y castillos a los burgos humildes, y primero en los patios de las posadas, y luego en estos corrales habilitados, y profeso, dieron al pueblo llano la

visión maravillosa de las ficciones dramáticas, que al fin y al cabo no eran más que trasunto de la vida real, con sus alegrías, sus penas y sus pasiones. En el Corral de Comedias de Almagro, se conservan perfectamente el proscenio, los cuartos y los dispositivos para la entonices rudimentaria tramoya escénica. En estos tiempos, en que por obra y gracia de la remplonaría, se habla de crisis de nuestro Teatro, todos hemos saludado alborozados la aparición de este Viejo Corral de Comedias. En él, el Teatro Español Universitario y los alumnos de la Escuela Superior de Arte Dramático, que dirige el Profesor Díaz Plaja, han representado obras clásicas como «La hidalga del Valle», el «Retablo de Maese Pedro», autos sacramentales de Calderón y otras muchas. Y hasta fué uno de los primeros lugares donde una Compañía teatral representó la pieza pirandelliana «Siete personajes en busca de un autor». La ausencia de decorados se prestaba, en el Corral de Comedias, a la realización de esta obra moderna. Sin embargo, en las representaciones de Teatro Clásico —la mayoría— se han cuidado el ambiente y el estilo de la época. Hasta los cómicos han hecho el paseo por las calles del pueblo montados sobre la típica carreta de la farándula. No se puede entrar en el Corral de Comedias de Almagro, sin sentir sobrecogimiento y una especie de escalofrío producido por la grandeza gloriosa de nuestro Teatro Clásico.

Y para cerrar esta charla sobre la Mancha, yo quisiera hablaros

brevemente sobre su mejor poeta, sobre Juan Alcaide Sánchez, fallecido hace muy pocos años, casi en la juventud y en la plena madurez de su estro. Poeta manchego contemporáneo éste, pero tan bueno como los mejores de su historia y eso que entre los poetas de la Mancha se cuenta aquél Bernardo de Balbuena, creador del poema épico «El Bernardo» y Obispo y evangelizador de Puerto Rico.

Nace el poeta en Valdepeñas, el primer día de otoño. «Otoño y yo —decía él— nacimos, al tiempo y a la pena, en igual día». Era Alcaide, como ha dicho el cronista oficial de Valdepeñas, don Antonio Merlo Delgado, el fruto dulce y jugoso de una vendimia lírica y caliente. Año: en 1907. Su madre, sevillana, le dió el aticismo bético. Su padre, valdepeñero, le infundió la savia, fuerte y áspera, de la tierra manchega. Por eso, él mismo dijo:

«Tierra manchega, mi cuerpo;
el río Guadalquivir
y el Jabalón van por dentro.
Que llevo en la tierra mía,
clavada en mi surco vivo,
la rama aquella de olivo
que una paloma trata;
paz de olivo, sensitivo
brotado en Andalucía.
Mi cuerpo, cal de la Mancha;
la cal, desde dentro afuera,
me hierve; la quema el agua.
El agua de dos ríos
de los apellidos míos.
Los dos ríos que se mezclan
en mi copa,
ponen, en mi cal de nieve,
su arcilla roja».

E insistiendo en el tema, en otra ocasión escribía:

«Yo soy de la llanada. Tengo el alma silenciosa y sencilla cual mis campos; su quieta soledad fermenta el vino del nostálgico verso en que me embriago».

Empieza colaborando en la prensa provincial de entonces y luego en revistas literarias nacionales, editadas en cenáculos poéticos. Maestro de profesión, pasa tres años en Galicia, que imprimen cierta melancolía a sus versos. En 1930 publica su primer libro titulado «Colmena y pozo». En esa ocasión, Antonio Machado afirma en carta dirigida a Alcaide: «Es Vd. un verdadero poeta». Con este espaldarazo, recibe bríos para proseguir su obra.

El recitador González Marín incorpora a su repertorio versos de Alcaide y los lleva por toda España, y gran parte de América. Por aquel entonces, una mujer: «Aquella —la que tenía los ojos con sol de mares con niebla—» abre una brecha en el alma del poeta. Acaso no se cerrará ya nunca, porque nunca será suya. Su recuerdo inspira los siguientes versos:

«La llevas tu, y por eso
no pierden nuestras ansias su armonía;
para tí, la mujer de carne y hueso;
pero la musa... ¡es mía!».

Así nace «La noria del agua muerta», que es la evocación de un amor imposible y marca el cénit de la inspiración del poeta. Don Jacinto Benavente, Premio Nobel, elogia este libro. Pero «La Noria del agua muerta» se acabó de imprimir el 13 de junio, festividad de San Antonio de Padua, del año 1936. Voces de

muerte ahogaron la voz emocionada del poeta. Por eso, apenas hubo lectores para la mejor obra de Alcaide.

Terminada la guerra, Alcaide vuelve a su modesta escuela de Puerto Lápice, lugar de recio sabor cervantino. Allí se cuaja su otro libro «Ganando el pan», que prologa el patriarca de las letras españolas, don Francisco Rodríguez Marín. En ella, canta a la paz conseguida:

«Todo el azul se derramó en el viento,
para empapar los ojos de alegría.
Las torres se aguzaron de armonía.
Tiró cada balcón de su cimientó.
Y el mágico barreno del contento
volcó miles de sábanas al día.
La saliva era lumbre. Por los dientes
vibró un metal de marchas jubilosas.
Los pechos se sembraron de simiente,
para un trigo encendido de fervores.
¡Y España fué una cruz de cinco rosas
levantada en un Gólgota de flores!

Pemán, Fernández Almagro, Lope Mateo, Martínez Kleiser, entre otros, elogiaron la obra poética de Alcaide. Y en torno a él, se forja la nueva generación de jóvenes poetas manchegos: Ángel Crespo, Fernando Calatayud, Emilio Ruiz Parra, Julián Creis y otros. No es que forme escuela, porque es personalísimo, sino que, alentados por él, van saliendo a la palestra de las letras provinciales, primero, y nacionales después.

Y ya en las postrimerías de su vida, compone «La Cardencha en flor», «A Valdepeñas, este libro de amor y despedida». Así reza la dedicatoria, como si entreviese su

próximo fin. En sus páginas se encierra uno de sus mejores sonetos:

«Piensq en mi sed, Señor: Mi sed de todo.
La sed la cuida el agua, y Tu me riegas,
Pero si Tu te cansas, si te niegas,
¿Qué va a ser de mi cielo y de mi lodo?
Si de esta sed de sed me acodo,
secando mi soñar Tu me despegas,
ya no podrán mis páramos ser vegas:
Se habrá secado el charco, y no habrá modo.
No tendré ni una flor que me desclave,
ni un sapo que remueya mi delito,
ni el jabón de una estrella que me lave.
¡Señor, Señor, Señor, tu lluvia necesito!
Quiero natrir mi sed, que no se acabe...
¡No quiero verme en bloque de granitol

En 1947 escribe su «Trilogía del Vino»: obra que es ilustrada por el famoso pintor, también valdepeñero como él, Gregorio Prieto. En ella poetiza todos los términos vulgares y típicos de la tierra, como trascacho, chilanco, panza, quión, barja, etc. Su última obra es «Jaraiz», nombre también ligado a la vendimia, que prologa Lope Mateo y afirma: «Lo ha amasado con luz de llanura manchega, un poeta solitario, cristiano, ambicioso de sueños».

Dejó Alcaide al morir dos obras de Teatro inéditas, en verso, y numerosos premios obtenidos en Juegos Florales. En las Justas Literarias de Cádiz fué exaltado por el entonces ministro de Justicia, Sr. Aunós, mantenedor de aquel certamen. Alcaide fué premiado en todos los concursos a los que se presentara, con la sola excepción, paradójico caso, del que tuvo lugar en Ciudad Real con motivo del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes.

en el año 1947. El cantor de la Mancha fué derrotado en su propia tierra por un poeta santaderino, Manuel González Hoyos, Director del periódico «El Diario Montañés». Ya lo dice el refrán: «Nadie es profeta en su tierra».

Para terminar, algunos de los últimos versos del poeta:

Estos versos son de «Jaraiz»:

Mi vida soló ha sido
ese alpárgate enorme de una barca.
Tripulación de nadie, en un anuncio
sujeto a una alcayata.
El mar y el aire, idénticos.
Sobre la triste playa,
lo mismo es el vapor sin singladuras
que el tación y la suela sin jornada.
Hombre de tierra, tan de tierra tierra...
Lobo con las cuernas destrozadas...
Una esquina... una óla...
¡Dolorosa prisión de la distancial
Colón sin Nuevo Mundo.
Don Quijote sin Mancha.
La cometa, sin polen de la rosa;
la brújula, sin fiebre nivelada.
Un poquito de barro y mar—¡y cielol—
¡Un estráperlo de la infancial

En esta composición observamos lo que decíamos antes de la poetización de las palabras vulgares, como alpárgate, alcayata, etc.

El vino, la tierra, la bodega, los eternos símbolos de la Mancha, le sirven al poeta para crear sus imágenes. Así, y con esto concluyo:

Llegó Dios y cortó. Busquéme arrimo.
Rodé por el lagar. Manché mi frente.
Yo soy llama de un mosto en el relente
de un vaso que me doma con su mimó.
Dos uvas me quedaron del racimo,
dos uvas que se pasan dulcemente.

De mis ojos de ayer, ya solamente
dos recuerdos de agraz que empolvó el limo.
Fermento en fuerte hervor; pero me apago.
La tinaja del aire donde yago
sé que quiere rajarse y no se raja.
Tu tan solo, Bondad, puedes salvarme:
quitame cuanto pueda avinagrarme...
¡y hazme un cáliz de amor de mi tinajal

Así es la Mancha, así son sus hombres y sus tierras. O al menos así son como yo los veo.

La Mancha, con sus virtudes y sus defectos, tiene caracteres de espiritualidad y universalidad que la llevaron a ser elegida por Cervantes para centrar en ella su mejor obra y la primera novela de nuestra Literatura. Traducido el Quijote a todas las lenguas del mundo, ha llevado, a los cuatro puntos cardinales, el nombre de esa región española y, con ella, el símbolo del idealismo, del afán de justicia, del amor a la vida y a las grandes empresas: Hasta en la misma Rusia, en los últimos años, se han hecho 50 ediciones del «Ingenioso Hidalgo», con un total de 900.000 ejemplares. Es esta una nueva e insospechada salida del andante caballero de la Triste Figura a lomos de Rocinante o quien sabe si de Clavileño, porque lo cierto es que el quijotismo es lo más opuesto que puede haber, en esta vida, al materialismo de todo tipo y origen. Y cuando se habla de la libertad de la persona humana, allá está Don Quijote con su lanza y con su yelmo en primera fila.

El mito del «Quijote» es, en la Mancha, historia y tradición. Y es todavía la Mancha, en medio de un

mundo angustiado espiritual y materialmente, oasis de paz, de gentes sencillas, con visión de infinitos horizontes de cielo y llanura, que, al encontrarse con el caminante en

una encrucijada, con molinos de viento o sin ellos, le dirán con acento evangélico, de cristiano viejo: «Vaya con Dios, hermano».
Ciudad Real, 1957.

